

Caminando juntos por una misión compartida



**Carta pastoral del
Arzobispo de Mérida-Badajoz
a todos los sacerdotes, consagrados y laicos
que forman el Santo Pueblo de Dios
en esta Iglesia Particular**

✠ **FR. JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, OFM**
Arzobispo de Mérida-Badajoz

Caminando juntos por una misión compartida

**Carta pastoral del
Arzobispo de Mérida-Badajoz
a todos los sacerdotes, consagrados
y laicos que forman el
Santo Pueblo de Dios
en esta Iglesia Particular**



**✠ FR. JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, OFM
Arzobispo de Mérida-Badajoz**

Maquetación e impresión:
MARCIPA ARTES GRÁFICAS
Tfno.: 652 747 402

Índice

Saludo	7
I. ¡Adelante, siempre adelante!.....	7
1. Un nuevo curso, una nueva oportunidad.....	7
2. Caminando juntos en la esperanza	9
3. Somos hermanos, servidores de la misma fe y compañeros de camino	13
4. Como levadura en la masa	14
II. Nuevas relaciones	15
1. Relación con uno mismo	19
2. Relación con Cristo	23
3. Relación con los otros	26
4. Relación con la comunidad	30
5. Relación con la casa común	34
Conclusión	35
Abreviaturas	37

SALUDO

Queridos hermanos y hermanas - presbíteros, diáconos, consagrados y fieles laicos - que compartimos el camino en esta Iglesia particular que peregrina en Mérida-Badajoz: Al inicio de este nuevo curso 2025-2026 os saludo con el deseo de que ¡el Señor os dé la paz! Esa paz que todos anhelamos y que no es simple ausencia de violencia o de guerras, sino que se manifiesta en la *reconciliación* con uno mismo, con mi propia historia; con Dios, el Dios revelado por Jesús; con los demás, con los cuales compartimos la dignidad de ser hermanos en Jesucristo; y con la creación, en cuanto “sacramento” del Creador¹. Ese es el verdadero significado del *Shalom* bíblico, de la paz que el Resucitado nos ha traído (cf. *Jn* 20, 19).

I

¡ADELANTE, SIEMPRE ADELANTE!

1. Un nuevo curso, una nueva oportunidad

Acabamos de estrenar un nuevo curso pastoral, el 2025-2026; un nuevo curso que no es una simple continuidad con anterior, sino una nueva oportunidad que nos ofrece el Señor para seguir *caminando juntos*, mano con mano, con el Señor y con los demás, como Pueblo santo de Dios del que todos formamos parte².

¹ En la teología de san Buenaventura, de raíz agustiniana, particularmente en *Itinerarium mentis in Deum*, la creación es concebida como un *sacramento*, una manifestación visible de la realidad invisible de Dios, un reflejo de la Trinidad divina, y cada criatura, a su manera, participa de la belleza, bondad y verdad de Dios.

² Esta es una de las ideas claves del magisterio del papa Francisco: caminar juntos “como Pueblo de Dios”, fomentando la unidad y la sinodalidad, especialmente en la atención a los más vulnerables. Esta visión implica un caminar de conjunto, superando divisiones y prejuicios, para servir a los demás y construir un mundo más justo y fraterno, siguiendo el ejemplo de Jesús. Al mismo tiempo este concepto parte de la convicción de que la Iglesia no es solo una institución, sino un conjunto de personas que compartimos una fe y un camino juntos.

Como Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz partimos de una hermosa experiencia que hizo parte del camino del curso pasado: las Asambleas diocesanas³. En ellas nos escuchamos unos a otros, compartimos nuestras esperanzas y también nuestros temores, y a la vez pudimos hacer propuestas de cara al *Plan Pastoral de la Archidiócesis*, que será elaborado durante este curso⁴.

La verdad es que el pasado curso fue rico en sinodalidad y los encuentros que tuvimos nos han ayudado a todos a conocernos más y mejor y a crecer en el sentido de pertenencia a nuestra Iglesia particular. Por otra parte, las propuestas que han salido de las Asambleas expresan, sin duda, la voluntad de todos para seguir avanzando en el camino que hemos iniciado con los encuentros asamblearios, de modo que, dejando atrás lo que nos impide *pasar de lo bueno a lo mejor* (cf. *Flp 3, 13-14*), nos lancemos hacia el futuro con la esperanza propia de todo creyente, secundando el impulso que nos viene del Espíritu.

Con las Asambleas hemos intentado responder a las expectativas que la Iglesia ponía sobre el Sínodo sobre la sinodalidad, querido por el amado papa Francisco: “Hacer germinar sueños, suscitar profecías y visiones, hacer florecer esperanzas, estimular confianza, vendar heridas, entretejer relaciones, resucitar una aurora de esperanza, aprender unos de otros y crear un imaginario positivo que ilumine las mentes, enardezca los corazones, dé fuerza a las manos”⁵.

³ Quiero aprovechar esta ocasión para agradecer, una vez más, la participación en las cuatro *Asambleas diocesanas* de tantos sacerdotes, consagrados y fieles laicos, también la de algunos que no se consideran practicantes; así como a todos aquellos que las han preparado con esmero y competencia.

⁴ En preparación del futuro *Plan Pastoral de la Archidiócesis para este curso 2025-2026*, en el Consejo Episcopal hemos elaborado una serie de *Objetivos y Acciones* a llevar a cabo durante el curso y que ya os hemos hecho llegar.

⁵ *Documento preparatorio de la XVI Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (7 de septiembre de 2021), 42.

2. Caminando juntos en la esperanza

Si queremos crecer como discípulos misioneros⁶ solo hay un modo de proceder: *caminar juntos*. Caminar juntos: esta es, mis queridos hermanos en el Señor, una invitación que nos ha hecho muchas veces el papa Francisco y que puede ser considerada como una idea clave de su pontificado. Caminar juntos: esta es la vocación de la Iglesia. Como discípulos de Jesús “estamos llamados a hacer el camino juntos, nunca como viajeros solitarios”⁷. El Espíritu, verdadero artífice de la misión, nos impulsa a salir de nosotros mismos para ir hacia Dios y hacia los hermanos, y nunca a encerrarnos en nosotros mismos. Caminar juntos, caminar codo con codo, forma parte del camino de sinodalidad en el que todos debemos sentirnos comprometidos, pues sinodalidad es precisamente eso: caminar juntos de manera diversa sin atropellar, ni invadir, sin envidias ni egoísmos, sin que nadie quede atrás ni se sienta relegado, olvidado o excluido. Todos yendo en la misma dirección, aunque a veces por diferentes caminos, persiguiendo el mismo objetivo: buscar, hallar y realizar la Voluntad de Dios para nuestras vidas y la vida de la comunidad. Caminar juntos, escuchándonos unos a otros con amor y respeto, dóciles siempre a la voz del Espíritu Santo que actúa en su Iglesia.

En este momento la Iglesia nos pide proseguir con nuestro compromiso en el camino sinodal para lograr que nuestra Iglesia particular sea cada vez más sinodal y misionera. Con el *Programa Pastoral* diseñado para este curso 2025-2026 y con el futuro *Plan Pastoral de la Archidiócesis* queremos fomentar la comunión entre nosotros, Pueblo de Dios en camino, en orden a la misión que el Señor nos confía a cada uno de nosotros, aquí y ahora. Queremos seguir apostando por una Iglesia *en salida y misionera*, una Iglesia que sea puente entre Dios y los hombres en medio de la sociedad.

Desde un primer momento, el papa León XIV nos ha recordado que somos “una Iglesia misionera, una Iglesia que construye puentes dialogando, siempre

⁶ Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 119-120 [en adelante EG].

⁷ FRANCISCO, *Mensaje para la Cuaresma 2025* (25 de febrero de 2025).

abierta [...], dispuesta a recibir con los brazos abiertos a todos, a todos aquellos que necesitan nuestra caridad, nuestra presencia, diálogo y amor”⁸. Esa es la Iglesia que queremos, esa es la Iglesia por la que hemos de seguir trabajando sin pausa.

En continuidad con las dos etapas precedentes del Sínodo, una de consulta y escucha (2021-2023) y otra celebrativa, en dos momentos (octubre de 2023 y octubre de 2024), entramos ahora de lleno en la tercera etapa prevista por la Constitución Apostólica *Episcopalis communio*⁹. En esta etapa de implementación del Sínodo¹⁰, el *Documento final del Sínodo*¹¹ será un punto de partida importante. Ahora se trata de experimentar prácticas y estructuras renovadas previstas por el Derecho y el *Documento final del Sínodo*, principalmente se trata de identificar “caminos concretos e itinerarios formativos para realizar una conversión sinodal tangible en las diversas realidades eclesiales”¹². Guiados por el Espíritu, que nos impulsa hacia el futuro, hemos de apostar por la concreción de las prácticas eclesiales “y, en consecuencia, llevar a cabo reformas de estructuras e instituciones”¹³. Sin esos cambios, como afirma el *Documento final del Sínodo*, “la visión de una Iglesia sinodal no será creíble”¹⁴.

Para responder a esa necesidad considero fundamental que sigamos caminando y que lo hagamos *juntos*, articulando continuamente algunas de las polaridades y tensiones que estructuran la vida de la Iglesia, también de nuestra Iglesia particular de Mérida-Badajoz¹⁵. Si siempre hemos de caminar, en esta etapa se nos pide intensificar ese caminar, pues esta es la suerte del peregrino, y nosotros no la podemos olvidar, ya que somos *peregrinos y extranjeros en este mundo* (cf. 1 Cor

⁸ LEÓN XIV, *Primer saludo y bendición* (8 de mayo de 2025).

⁹ FRANCISCO, *Episcopalis communio* (15 de septiembre de 2018).

¹⁰ Cf. SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO, *Pistas para la fase de implementación del Sínodo (2025-2028)* [en adelante PFIS].

¹¹ Cf. *Documento final de la XVI Asamblea General del Sínodo de los Obispos* (26 de octubre de 2024).

¹² DF, 9.

¹³ PFIS, 3.2.

¹⁴ DF, 94.

¹⁵ Cf. PFIS, 3. 1.e.

29, 15; *Sal* 39, 12; *1 Pe* 2, 11)¹⁶. Y, en cuanto tales, se nos pide caminar fijándonos mucho en los detalles que puedan fortalecer nuestras relaciones, compartiendo con los otros, orando y reflexionando personal y comunitariamente, como hace todo peregrino que se precia de ser tal; se nos pide tomar conciencia de que caminar es la vocación de todo profeta y mucho más del que quiere ser *profeta de esperanza*, de esa “esperanza que no defrauda” (*Rm* 5, 5)¹⁷; se nos pide caminar, sabiendo también que caminar es la misión de todo aquel que escuchando el mandato del Señor: “Id” (cf. *Mc* 16, 15-18), tiene clara conciencia, como afirma Pablo, de que todavía no ha llegado a la meta y por ello sigue corriendo hacia ella (cf. *Flp* 3, 12-14); se nos pide caminar teniendo claro que caminar es el único antídoto contra el cansancio y la frustración, como le indica el Señor a Elías: “Levántate, come y echa a andar” (*1 Re* 19, 7). Caminar: esa es nuestra vocación/misión, pero caminar juntos.

La Iglesia nos invita a vivir la tercera etapa del Sínodo sobre la sinodalidad acogiendo esta nueva oportunidad para mantener vivo el deseo de crecer en comunión dentro de nuestra Iglesia particular y con la Iglesia universal. La invitación de la Iglesia es a “seguir buscando instrumentos de escucha adecuados a la gran diversidad de contextos en los que vive y actúa la comunidad cristiana”¹⁸. También nuestra Iglesia de Mérida-Badajoz, reforzando las relaciones entre los distintos componentes de la comunidad cristiana, está llamada a ello, “de modo que se genere un intercambio de dones al servicio de la misión común”¹⁹. Y todo ello con el objetivo de generar pasión por la evangelización, pues solo desde la pasión por llevar a todos *la alegría del Evangelio* podemos afrontar la misión a la que hemos sido llamados, teniendo en cuenta que ello solo

¹⁶ Formamos una Iglesia de “arraigados” y a la vez, de “peregrinos”, cf. DF, 110-119.

¹⁷ Cf. FRANCISCO, *Spes non confundit* (9 de mayo de 2024); cf. Fr. José Rodríguez Carballo, ofm, *Carta Pastoral Peregrinos y Profetas de esperanza* (17 de septiembre de 2024).

¹⁸ PFIS, 2.

¹⁹ DF, 65; cf. PFIS, 2.

es posible desde un “encuentro personal con Jesucristo o, al menos, desde la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo sin descanso”²⁰.

Después de un año de servicio entre vosotros soy bien consciente de la necesidad de apasionarnos por la evangelización, como soy también muy consciente de que, como pastor de esta Iglesia que el Señor me ha confiado, soy “el primer responsable de esta fase de implementación”²¹ del Sínodo, con todo lo que ello comporta de reconocer, discernir y componer en unidad los dones que el Espíritu derrama sobre las personas y las comunidades, actuando dentro del vínculo sacramental con los presbíteros y los diáconos corresponsables”, conmigo, “del servicio ministerial en la Iglesia”²². Desde esa responsabilidad y como “principio y fundamento visible de unidad” en esta Iglesia particular²³, al mismo tiempo que asumo con gozo la tarea de suscitar y sostener la participación en esta etapa de implementación, pido a los presbíteros y diáconos, a los organismos de participación a nivel diocesano –Consejo Episcopal, Consejo Presbiteral, Consejo Diocesano de Pastoral y Consejo de Asuntos Económicos–, al equipo sinodal diocesano, a los consagrados, y a los fieles laicos sumarse en esta empresa que considero fascinante: ser laboratorios de sinodalidad.

Si asumimos con responsabilidad este momento, será una forma de avanzar en una Iglesia diocesana más sinodal y misionera, creciendo en corresponsabilidad. Todo ello nos está pidiendo *caminar juntos, elaborar proyectos juntos, soñar juntos*, dejando a un lado los protagonismos, los clericalismos, vengan de donde vengan; nos está pidiendo seguir escuchándonos con humildad, apertura, confianza y disponibilidad, pues solo así podremos responder a la misión que el Señor nos encomienda; se nos está pidiendo salir de nuestras posturas cómodas y apasionarnos con lo que el Espíritu del Señor nos demanda aquí y ahora.

²⁰ Cf. EG, 3.

²¹ PFIS, 2.1.

²² *Ibid.*

²³ CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium* (21 de noviembre de 1964), 23 [en adelante LG].

3. Somos hermanos, servidores de la misma fe y compañeros de camino

En la homilía que pronunció al inicio de su ministerio petrino, el papa León XIV se presentó como *hermano, servidor y compañero* de camino, una hermosa tríada que nos invita a salir de nosotros mismos y fijar la mirada en los demás. En espera del próximo *Plan Pastoral Diocesano*, en este curso, en comunión con el Consejo Episcopal, he pensado que sería oportuno trabajar el tema de la comunión y de la unidad entre todos los que formamos parte del Pueblo de Dios en la Iglesia particular de Mérida-Badajoz.

Así lo planteamos en el *Programa pastoral* para el curso 2025-2026, al que hemos dado como título *Caminando juntos por una misión compartida*. Este *Programa pastoral* quiere “impulsar la comunión eclesial en la Archidiócesis profundizando en los criterios y actitudes evangélicas y eclesiales que nos dispongan a trabajar sinodalmente” (objetivo general). Al mismo tiempo desea “continuar con la implantación de los procesos de trabajo conjunto para crear una iglesia más sinodal y misionera”, así como “impulsar la corresponsabilidad del Pueblo de Dios en los órganos de participación diocesana, arciprestal y parroquial”, para lo cual nos comprometemos a “facilitar herramientas espirituales y pedagógicas que nos permitan llevar a cabo estos procesos” (objetivos específicos).

Comunión y unidad son pilares fundamentales por los que oró el Señor y a los que la Iglesia está irrevocablemente llamada. Promover esa unidad y comunión es para mí parte esencial de la misión que el Señor me ha confiado, al llamarme a presidirlos en la caridad, mis queridos hermanos y hermanas.

Cuando hablamos de comunión y de unidad estamos hablando, ante todo, de una realidad teológica. Dios, en su ser, es comunión. Comunión es la vida divina de la Trinidad santa, vida hecha de escucha, intercambio y donación recíproca entre las tres divinas personas. Y puesto que es constitutiva de la vida divina, la comunión es también esencial en la vida de la Iglesia. Si la Iglesia no plasmase su rostro en la historia como rostro de comunión, se reduciría a una mera organización sociológica y no sería ya la Iglesia de Jesucristo.

Y porque la comunión es esencial en la vida de la Iglesia, esta está llamada a ser lugar en el que se superen todas las barreras y discriminaciones culturales y sociales, políticas y étnicas; está llamada a ser lugar de la diversidad reconciliada, de las diferencias armonizadas. Solo de este modo, la Iglesia se presentará ante el mundo no solo como reflejo de la comunión dinámica de las personas de la Trinidad, sino también como icono de la humanidad reconciliada, imagen del cosmos redimido, profecía del Reino. Es en la comunión donde la Iglesia se juega la obediencia a la propia vocación recibida de Dios y el cumplimiento del propio testimonio y misión en el mundo.

El hombre nuevo es un hombre comunitario: vive en *comunión* con Dios y con los hermanos. Sin comunión no hay hombre nuevo. La comunión es el signo distintivo del cristiano y la realización del mayor de los mandamientos: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros. La señal por lo que conocerán todos que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros” (Jn 13, 34-35).

4. Como levadura en la masa

Existe, pues, un signo para reconocer a los discípulos de Jesús: se aman entre sí, como Él los ha amado. Nuestra presencia y misión en el mundo no requiere medios espectaculares, ricos o poderosos para ser eficaz. Ya nos lo dijo el Señor: “Cuando vayáis por el mundo no llevéis nada, ni bolsa, ni alforja, ni calzado...” (Lc 10, 4-12; 9, 3 ss.). Al discípulo se le pide simplemente ser levadura en la masa (Mt 13, 33). Para anunciar la Buena Noticia lo indispensable es el amor y la comunión, pues solo así haremos surgir de un mundo dividido por nuestros odios, errores e inercias, un mundo nuevo animado por la fuerza creadora del amor. Y si es indispensable el amor, quiere decir que si no vivimos esa comunión, fruto del amor, nos predicaremos a nosotros mismos, no al Señor (cf. 2 Cor 4, 5-18).

El amor fraterno al que Jesús nos convoca lleva a superar divisiones y enfrentamientos entre nosotros, frutos, en la mayor parte, de los casos de ideologías

que matan el corazón del Evangelio²⁴. Por la acción del Espíritu, el amor cristiano tiene un dinamismo comunitario, une a los discípulos de Jesús entre sí (aunque estos sean de distintas lenguas, pueblos, razas, mentalidades) y los constituye en Pueblo de Dios, en Iglesia. Hace de ellos un Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo. Así, la Iglesia no es el resultado de una mera determinación de los hombres, sino obra de Jesucristo, que, mediante el Espíritu Santo, la establece como comunión en la caridad fraterna.

II

Nuevas relaciones

Todo lo dicho está claro que exige una conversión pastoral, el pasar de una cultura de conservación, del “siempre se hizo así”, a una cultura misionera audaz, que nos lleve a salir, como amaba repetir el papa Francisco, de nuestras zonas de confort y, al mismo tiempo, sincronizar nuestros sueños con el sueño de Dios para su Iglesia.

Nos decía el papa Francisco: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación”²⁵. Por otra parte, el *Documento Final del Sínodo* afirma: “La calidad evangélica de las relaciones comunitarias es decisiva para el testimonio que el Pueblo de Dios está llamado a dar en la historia. En esto conocerán que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros” (*Jn 13, 35*) [...] Ser Iglesia sinodal exige, pues, una verdadera conversión relacional. Debemos aprender de nuevo del Evangelio que el cuidado de las relaciones no es una estrategia o una herramienta para una mayor eficacia organizativa, sino que es la forma en que Dios Padre se ha revelado en Jesús y en el Espíritu. Cuando nuestras relaciones, incluso en nuestra fragilidad, dejan traslucir la gracia de Cristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu, confesamos con nuestra vida la fe en Dios Uno y Trino”²⁶.

²⁴ Cf. FRANCISCO, *Gaudete et exsultate* (19 de marzo de 2018), 100-104 [en adelante GE].

²⁵ EG, 36.

²⁶ DF, 50.

El curso pasado hemos iniciado, como ya he dicho anteriormente, un proceso sinodal a través de las Asambleas diocesanas con el deseo de caminar juntos para avanzar en la creación de una Iglesia Sinodal-Misionera, una Iglesia en salida, que nos lleve a estar presentes en las vidas de nuestros convecinos, tender puentes y participar de sus gozos y alegrías, de sus sufrimientos y tristezas. Queremos con pasión anunciar que Dios es amor, es comunión, es gozo y vida para la humanidad.

Para caminar juntos necesitamos conocernos, querernos, compartir dones, tener empatía, aceptarnos, escucharnos, dialogar serenamente, vivir la diversidad como una riqueza, curar nuestras heridas personales para no proyectarlas hacia otros, superar prejuicios, tender puentes, ser humildes, afrontar los conflictos sin tener el deseo de imponernos, discernir, buscar juntos la verdad, trazar metas comunes, dejarnos iluminar por el Espíritu, orar conjuntamente, perdonarnos, vivir en comunión y corresponsabilidad para ser Pueblo de Dios en éxodo, desde nuestra vocación y misión.

Queremos anunciar el proyecto de comunión que Dios tiene para todos los hombres, pues la humanidad entera está llamada a reunirse en un solo pueblo: el Pueblo de Dios, la Iglesia. Como dice el Concilio Vaticano II: “Dios ha dispuesto salvar y santificar a los hombres, no por separado, sin conexión alguna entre sí, sino constituyéndolos en un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente”²⁷. Un proyecto que nace de la confesión en “un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todo, que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo” (*Ef 4, 5-6*).

Con un sano realismo, hemos de reconocer que no siempre resulta fácil este anuncio, porque no es fácil vivir entre nosotros ese proyecto de comunión. Por ello, día a día, es necesario recordar las palabras de san Pablo: “Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo” (*Ef 4, 32*).

Para llevar la Buena Noticia del Reino por los diferentes lugares en los que habitamos y hacer que nuestro anuncio no sea “un metal que resuena o un címbalo que aturde” (*1 Cor 13, 1*), hemos de cuidar

²⁷ LG, 9.

y, si es necesario, convertir nuestras relaciones, unas relaciones basadas en la comunión, la unidad, la misericordia, en fin, en el amor; sabiendo que el amor, el amor verdadero, “es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta, no lleva cuenta del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad”, sabiendo también que el amor “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Cor 13, 4-7).

Vivimos en un mundo con relaciones intoxicadas, relaciones de dominio, de celos, prejuicios y desconfianzas; relaciones individualistas y competitivas; relaciones líquidas, inconsistentes; relaciones basadas en intereses ideológicos o económicos; relaciones corporativistas, gremiales, nacionalistas, de intereses grupales; relaciones más interconectadas a través de las redes sociales, pero que no crean vínculos; relaciones que solo buscan el beneficio personal.

Dentro de nuestra misma Iglesia también existen relaciones tóxicas, de dependencias, de autoritarismos, de individualismos; relaciones superficiales con pocos vínculos dentro de las comunidades; relaciones con “mi pequeño grupo” al margen de la comunidad en general. El papa Francisco nos decía en *Fratelli Tutti*: “no puedo reducir mi vida a la relación con un pequeño grupo, ni siquiera a mi propia familia, porque es imposible entenderme sin un tejido más amplio de relaciones: no solo el actual sino también el que me precede y me fue configurando a lo largo de mi vida. Mi relación con una persona que aprecio no puede ignorar que esa persona no vive solo por su relación conmigo, ni yo vivo solo por mi referencia a ella. Nuestra relación, si es sana y verdadera, nos abre a los otros que nos amplían y enriquecen. El más noble sentido social hoy fácilmente queda anulado detrás de intimismos egoístas con apariencia de relaciones intensas. En cambio, el amor que es auténtico, que ayuda a crecer, y las formas más nobles de la amistad, residen en corazones que se dejan completar. La pareja y el amigo son para abrir el corazón en círculos, para volvernos capaces de salir de nosotros mismos hasta acoger a todos. Los grupos cerrados y las parejas autorreferenciales, que se constituyen en un «nosotros» contra todo el mundo, suelen ser formas

idealizadas de egoísmo y de mera autopreservación”²⁸.

No podremos avanzar hacia una Iglesia Sinodal-Misionera sin crear vínculos nuevos consistentes, vínculos que nos lleven a salir de nosotros mismos: “Desde la intimidad de cada corazón, el amor crea vínculos y amplía la existencia cuando saca a la persona de sí misma hacia el otro. Hechos para el amor, hay en cada uno de nosotros «una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un crecimiento de su ser». Por ello «en cualquier caso el hombre tiene que llevar a cabo esta empresa: salir de sí mismo»”²⁹.

Deberemos llevar a cabo un discernimiento personal y comunitario que nos permita conocer las motivaciones que nos llevan a aislarnos, o bien, a mantener unas relaciones basadas en las sospechas, en la defensa de los intereses personales o de posturas ideológicas. “Es a los Evangelios a donde debemos mirar para trazar el mapa de la conversión que se requiere de nosotros, aprendiendo a hacer nuestras las actitudes de Jesús”³⁰.

Porque Dios nos ha amado, porque hemos creído en el Amor de Dios, estamos llamados a testimoniar, como Cristo, el amor del Padre a los hombres, con una caridad universal y principalmente con los más pobres y necesitados.

Os invito a cuidar las relaciones personales, que nos permitan vivir en comunión. Una Iglesia sinodal es aquella que cuida las relaciones personales. El papa Francisco, en el Sínodo de los jóvenes decía: “No basta, pues, con tener estructuras; es la calidad de estas relaciones, de hecho, las que evangelizan”³¹. Cultivar la sinodalidad significa también cultivar las relaciones intergeneracionales, entre jóvenes y mayores, en la Iglesia. Y conlleva cultivar las relaciones entre sacerdotes, laicos y consagrados. Todos somos necesarios y hemos de saber dialogar y colaborar juntos con una actitud de humildad y apertura receptiva.

²⁸ FRANCISCO, *Fratelli tutti* (3 de octubre de 2020), 89 [en adelante FT].

²⁹ *Ibid.*, 88.

³⁰ DF, 51.

³¹ *Documento final del Sínodo de los jóvenes* (27 de octubre de 2018), 129.

Me propongo, por tanto, hacer una reflexión, que considero muy necesaria, sobre las relaciones, en cinco vertientes concretas: a) la relación con uno mismo; b) la relación con Cristo; c) la relación con los otros en diferentes contextos vitales; d) la relación con la comunidad; e) la relación con la casa común.

1. Relación con uno mismo

“Es un buen principio de la vida espiritual el del propio conocimiento y miseria en la que todos nacemos y también de la ingratitud con que después de tantos beneficios hemos correspondido a Dios”³² (san José de Calasanz).

Mi relación con otros va a depender en gran parte de la relación que tengo conmigo, del amor que me tengo: si me acepto, si me quiero, si soy consciente de mis heridas y sombras, de mis capacidades y limitaciones. El autoconocimiento consiste en conocernos profundamente a nosotros mismos, sabiendo entender nuestras emociones, defectos, cualidades y problemas en cualquier contexto. El autoconocimiento es muy importante para el desarrollo personal y espiritual, para regular las emociones, relacionarnos con los demás y conseguir los objetivos que nos propongamos. San Agustín hace una llamada a la interioridad en la vida cotidiana que hoy sigue siendo de gran actualidad: “(¡Oh hombre!), ¿hasta cuándo vas a estar dando vueltas en torno a la creación? Vuélvete a ti mismo, contéplate, sondéate, examínate [...] No quieras ir fuera de ti mismo, es en el hombre interior donde habita la verdad”³³.

Un ingrediente fundamental para poder amar a otra persona es amarnos a nosotros mismos. Nadie puede dar lo que no tiene; así que, si alguien no es capaz de quererse a uno mismo, no puede amar a los demás. “Ama al prójimo como a ti mismo” (*Lv 19,38; Mt 25,18*). Cuando te amas y ves la riqueza de Dios en ti comienzas a aceptar y agradecer la vida, estrenas una mirada nueva y dejas que resuene en tu interior con toda su fuerza: “Este es mi hijo querido, en quien me complazco” (*Mt 3, 17*).

³² S. GINER, *San José de Calasanz. Maestro y fundador*, BAC Madrid 1992, 41.

³³ SAN AGUSTÍN, *Sermón*, 52, 17.

Cuando aprendemos a amarnos comienza nuestro crecimiento como personas autónomas:

- Amarse es conocerse: no se puede amar lo que se desconoce. Poner conciencia en ese olvido que hemos hecho de nosotros es rescatarnos para la vida.
- Amarse es escucharse: atender y cuidar nuestras necesidades.
- Amarse es abrirse: liberar los condicionamientos que nos mantienen encerrados en nosotros mismos y atrapados en sentimientos caducos.
- Amarse es atreverse a ser quienes somos despojándonos de las máscaras que nos hemos colocado para agradar a los demás y conseguir su amor.
- Amarse es aceptarse con lo que nos gusta más, con lo que nos gusta menos, con todas nuestras capacidades y también con todas nuestras limitaciones.
- Amarse es hacerse responsable de nuestra vida sin echar balones fuera.
- Amarse es vivir presentes y conscientes de nosotros mismos.

Hemos de amarnos porque cada uno de nosotros somos parte de un proyecto maravilloso que Dios ha preparado antes de la creación del mundo (cf. *Ef 2, 10*). La Biblia enseña que cada ser humano es creado por amor, hecho a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn 1, 26*). Esta afirmación nos muestra la inmensa dignidad de cada persona humana, que no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otra persona. Se trata de poner en valor tus capacidades, tu historia vital, tus sentimientos y emociones, tu personalidad...

Estamos en este mundo para ser nosotros, llevando a cabo el proyecto que Dios tiene para nosotros. Y Dios nos quiere libres, quiere que vivamos liberados de nuestros condicionamientos y encontremos nuestro propio sentido, para alcanzar la realización de todo nuestro potencial humano y la grandeza que llevamos dentro, descubrir lo que somos porque el Creador nos ha hecho a su imagen y semejanza.

Necesitamos, por tanto, viajar hacia el interior de uno mismo, sabiendo que El viaje más difícil es el viaje “hacia adentro”, hacia el yo profundo, hacia mi propia identidad, donde no hay máscaras ni mecanismos de defensa, sino autenticidad. El viaje hacia adentro me conecta con mis capacidades, dones y posibilidades; también con mis heridas, limitaciones y pecados. Así aprendo a vivir plenamente, marcado con el sello del amor. El camino es la humildad y dejar que otro te acompañe en este viaje y conlleva cuatro movimientos que pueden vivirse sincrónicamente:

- Auto-conocimiento: mi historia, mi carácter, sentimientos, actitudes profundas, reacciones, mis zonas oscuras, etc.
- Auto-reconciliación: integro en mí mismo todo lo que voy conociendo de mí, admitiéndolo como parte de un proceso, a veces doloroso, hacia la plenitud.
- Auto-estima: siento alegría de ser yo mismo con mis limitaciones y mis capacidades, abierto a la bondad, el perdón, el crecimiento y el amor.
- Amor incondicional: soy capaz de dar, de compartir, de aceptar a los otros, de construir proyectos comunes.

Es muy importante a la hora de conocernos y conocer nuestro modo de relacionarnos no dejar de lado nuestras heridas. Abordo aquí este tema porque, a veces, es difícil descubrirlas, pero se ven con más claridad en nuestro modo de relacionarnos con los demás.

Está claro que todos tenemos heridas. No vivimos en un mundo perfecto ni entre personas perfectas. Todos tenemos miedo de no ser queridos ni valorados, de que no se respete nuestra forma de ser y nuestra libertad, todos tememos la inseguridad y el abandono, a todos nos hacen daño las pérdidas...

Cuando más indefensos somos es en la infancia. En esa época se suelen grabar las heridas más profundamente y para defendernos creamos mecanismos que, con el tiempo se convierten en parte de nuestra manera de ser. Estos mecanismos mantienen tapadas nuestras zonas

heridas, de modo que, cuando somos adultos, somos menos conscientes de ellas. Pero solo están tapadas, no curadas. Se mantienen ahí, actuando en nosotros de modos muy diversos, bloqueando y dificultando nuestra vida.

Es importante acceder a ellas para sanarlas. Del mismo modo que si al caernos nos hacemos una herida, y si la mantenemos tapada y sin curar se infecta y va haciendo daño, poco a poco, a todo nuestro organismo, así pasa con nuestras heridas psíquicas. Por eso, necesitan ser destapadas y curadas, para que dejen de infectar muchos aspectos de nuestra vida.

¿Cómo acceder a ellas? Hay diversos modos, pero todos ellos coinciden en observar nuestras reacciones, porque una herida se va a manifestar en una reacción desproporcionada en el presente. Es decir, cuando nos veamos reaccionando con excesiva cólera, o tristeza, o vergüenza, o miedo... cuando algo que nos ha sucedido no se vaya de nuestra cabeza y nos obsesione, cuando necesitemos defendernos con mil razones... en resumen, cuando nuestra reacción sea exagerada o desproporcionada, por intensidad o por duración, es que ha sido tocada una herida.

Si no somos conscientes de ella, en vez de ver con objetividad lo que ha pasado, nos sentiremos atacados, ignorados, maltratados... por los demás, por el mundo, por Dios..., incluso por nosotros mismos.

Si no somos conscientes de las consecuencias que las heridas provocan, entraremos en una espiral de negativismo y sufrimiento, achacando todo a que somos malos o estamos mal hechos, y nunca llegaremos a descubrir la riqueza y valía que llevamos dentro.

Os invito a cuidaros física, psíquica y espiritualmente. El cuidado de uno mismo, del que hablaremos, es totalmente contrario a una actitud egoísta, sabiendo que el autocuidado es un medio para el cuidado del otro, y no un fin para auto-preservarnos y no implicarnos en el cuidado a los demás, justificándolo como inacción, sin implicarnos para nada. Hay que discernir hasta dónde un cuidado llevado hasta el extremo heroico no es una coartada para huir de nosotros mismos, y si un exceso de autocuidado, bajo pretexto de realizar mejor nuestra tarea, no es una forma de autoengaño, para no asumir nuestras responsabilidades respecto al otro.

También hay que estar muy pendiente de lo que se ha denominado el “síndrome del quemado”, que se caracteriza por un agotamiento profundo, por falta de ilusión, y la sensación de vernos superados por las responsabilidades. En definitiva, una situación insostenible de estrés, que puede llegar a ser incapacitante.

2. Relación con Cristo

Hemos de renovar la relación personal con Jesús: “Invito a cada cristiano, en cualquier situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día, sin descanso”³⁴. Volver a Jesús no es identificarnos con una causa, un ideal, una misión, una religión, sino dejarnos seducir por su persona.

El encuentro con Cristo es un encuentro de amor, que centra mi vida, me replantea mi vivir, transforma mis deseos y opciones vitales, que me lleva a encontrarme con la esencia de mi ser, me hace ver la vida con otros ojos, haciendo que dirija todo mi vivir hacia aquello que se me ha revelado como una luz que alegra y purifica mi ser.

Necesitamos volver a Jesús, más en concreto, vivir una calidad nueva en nuestra relación con Él, porque “uno no empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”³⁵. Y esta experiencia es fuente de gozo, tiene fuerza curativa y creativa, y, al mismo tiempo, es comunicativa.

Se requiere un encuentro íntimo, profundo con la persona de Jesús, encuentro que se llevará a cabo a través de nuestros momentos de oración, de la lectura y reflexión contextualizada de la Palabra de Dios, de la lectura creyente de la realidad, de la celebración eucarística y de los otros sacramentos, del encuentro con las personas que sufren o viven situaciones de

³⁴ EG, 3.

³⁵ *Ibid.*, 7.

pobreza, del compartir juntos en comunidad nuestra fe y nuestra tarea misionera.

Quien se ha sentido amado permite que nazca amor de su corazón. Por eso, debo ir a Jesucristo con total receptividad, con escucha silenciosa, con acogida incondicional, con amor agradecido. Necesito orar, ponerme ante el Señor como niño necesitado de Él, queriendo aprender de Él, queriendo crecer con Él. Orar para disfrutar con Él, orar para vivir desde Él, orar para amar como Él. A la oración he de llevar mi vida, poniendo cuanto soy para que Él me transforme y cambie y purifique mis sentimientos. Solo en su amor podremos entender lo que significa y conlleva el Amor. Sin la oración difícilmente podremos revestirnos de las actitudes que hemos expuesto; en la se oración encuentra la fuerza para vivir para los demás, para colocarse siempre al lado de los más pobres y excluidos, para respirar y vivir al aire del Espíritu, al aire de la alegría, de la amistad, de la libertad, de la entrega de la vida.

Tenemos que ser consciente que “la primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos”³⁶.

Al final del cuarto evangelio, Jesús repite a Simón Pedro la pregunta “¿me quieres?” y a la respuesta positiva de Pedro, Jesús añade: “Apacienta mis ovejas” (cf. *Jn* 21, 15-17). La evangelización y, por tanto, un auténtico plan pastoral, debe tener la raíz en el amor a Jesús, porque el encuentro con Jesús, la familiaridad con Él siempre nos empuja a los demás: “Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús, sin grandes cursos ni instrucciones”³⁷.

³⁶ *Ibid.*, 264.

³⁷ *Ibid.*, 120.

Lo primero que necesitamos en nuestras parroquias y comunidades cristianas es poner en marcha procesos sencillos, encaminados a conocer mejor a Jesús y a reavivar nuestra adhesión a Él. Necesitamos comunidades donde se pueda vivir una experiencia nueva de Jesús. Se trata de caminar hacia un nuevo nivel de vida evangélica: ir pasando a una vida cristiana más inspirada y motivada por Jesús.

Podemos encontrar en nuestras comunidades cristianas que viven instalados en una adhesión doctrinal y una práctica religiosa tranquila, pero que nos buscan una relación vital con Jesús; cristianos que conocen el cumplimiento de sus obligaciones religiosas, pero no la experiencia viva de seguir a Jesús; cristianos que viven instintivamente en una seguridad religiosa, pero permanecen ajenos al proyecto del Reino de Dios. La mayoría de estos cristianos no son culpables de este estado de cosas, sino víctimas. Nadie les ha ayudado a encontrarse con Jesús.

La auténtica renovación que hemos de llevar en nuestra Archidiócesis, a través de diferentes caminos, tiene que llevarnos al encuentro con Cristo. El papa Francisco afirmaba que el verdadero motor de la renovación que es necesario impulsar en la Iglesia es volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio. Estas son sus palabras: “Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan caminos nuevos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado del mundo actual”³⁸.

Os recuerdo a vosotros, queridos presbíteros, las palabras del papa León XIV en su discurso a los sacerdotes, que, cambiando lo que hay que cambiar, pueden valer para todos: “El sacerdote, de hecho, es un amigo del Señor, llamado a vivir con Él una relación personal y confidencial, alimentada por la Palabra, la celebración de los sacramentos y la oración diaria. Esta amistad con Cristo es el fundamento espiritual del ministerio ordenado, el sentido de nuestro celibato y la energía del servicio eclesial al que dedicamos nuestra vida; nos sostiene en los momentos de prueba

³⁸ *Ibid.*, 11

y nos permite renovar cada día el «sí» pronunciado al inicio de la vocación [...] Convertirse en amigos de Cristo significa formarse en la relación, no solo en las competencias. La formación sacerdotal, por lo tanto, no puede reducirse a la adquisición de nociones, sino que es un camino de familiaridad con el Señor, que involucra a toda la persona: el corazón, la inteligencia, la libertad, y la moldea a imagen del Buen Pastor. Solo quien vive en amistad con Cristo y está impregnado de su Espíritu puede anunciar con autenticidad, consolar con compasión y guiar con sabiduría. Esto requiere una escucha profunda, meditación y una vida interior rica y ordenada”³⁹.

3. Relación con los otros

“Desde la intimidad de cada corazón, el amor crea vínculos y amplía la existencia cuando saca a la persona de sí misma hacia el otro. Hechos para el amor, hay en cada uno de nosotros «una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un crecimiento de su ser». Por ello «en cualquier caso el hombre tiene que llevar a cabo esta empresa: salir de sí mismo»”⁴⁰.

El amor al prójimo es la consecuencia del amor de Dios: “Si Dios nos amó, así también debemos amarnos los unos a los otros” (1 Jn 4,11). La consecuencia no es que si Dios nos ha amado nosotros debemos devolverle amor a Él; lo original y propio del cristianismo es que si todo hombre es objeto de amor de Dios nosotros no podemos ya dejar de amar a todo hombre. “Con nadie tengáis otra deuda que la del amor mutuo” (Rm 13,8).

Estamos llamados a salir hacia el otro, crear fraternidad, vínculos que nos unan y nos hagan vivir como hermanos. No solo convivimos como vecinos, sino que nos reconocemos como miembros de una familia humana. Desde la clave de la fraternidad se nos invita a relacionarnos desde la gratuidad y la incondicionalidad, acogiendo al otro, reconociéndolo como persona con dignidad.

Estamos en una sociedad necesitada de fraternidad y de cuidados. Estamos embotados por la indiferencia

³⁹ *Ibid.*, 11.

⁴⁰ FT, 88.

ante una sociedad que sufre y padece. “Estamos más solos que nunca en este mundo masificado que hace prevalecer los intereses individuales y debilita la dimensión comunitaria de la existencia”⁴¹.

Ante esta situación se requiere una ética del cuidado. El término “cuidado” expresa una actitud de desvelo, solicitud, diligencia, delicadeza, atención, incluye también inquietud, preocupación y sentido de la responsabilidad. “El cuidado es un modo de ser esencial. El cuidado forma parte de la naturaleza y de la constitución del ser humano. El cuidado, como “modo de ser”, revela la forma concreta de cómo es el ser humano. Sin cuidado deja de ser humano”. El cuidado conlleva una opción y disponibilidad respecto al otro como lo muestra la parábola del samaritano⁴².

Nos necesitamos mutuamente, necesitamos que nos cuiden, que nos protejan, que nos acaricien, que nos cojan de la mano, que nos sanen, que apuesten por nosotros. Necesitamos sostener la vida, no dejar que la muerte, en sentido amplio, nos venza y nos destruya. Necesitamos que nos valoren. Hay que saber valorar a los demás como personas y no como objetos. Hay que considerar a la persona en su “amabilidad objetiva”. Yo valoro al otro, yo amo al otro, porque hay en él un bien absoluto, objetivo: es una persona digna de ser amada por el mero hecho de haber sido creada y llamada por Dios. La persona debe ser amada por lo que es, no por lo que hace; y a la inversa: podré rechazarla por lo que hace, pero nunca por lo que es.

Hemos de despojarnos de la indiferencia con la que, a veces, nos revestimos en la vida, quizá por defendernos del otro y no querer complicarnos en nuestra existencia. Todos escuchamos la pregunta que Dios, en el libro del *Génesis*, le hace a Caín: “¿Dónde está tu hermano Abel?”. Contestó: “No sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?” (*Gn* 4, 9). Caín no se sentía responsable de la vida de su hermano; pero, desde una sana antropología cristiana, todos somos responsables de nuestros hermanos, implicados en el compromiso del cuidado y solidaridad para con el prójimo: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Mt* 22,36-40).

⁴¹ *Ibid.*, 12.

⁴² El papa Francisco comenta esta parábola en *Fratelli tutti*, capítulo 2.

Necesitamos una antropología que nos recuerde permanentemente que somos seres interdependientes, somos seres en relación, que necesitan cuidar y ser cuidados. No debemos vivir bajo una antropología en la que todo debe partir de uno mismo y retornar a uno mismo, cayendo en un individualismo que nos separa de los demás e incluso nos lleva a ver a los otros como amenaza para nuestras vidas. El papa Francisco, en *Laudato si'*, ha criticado un antropocentrismo que ha desembocado en una tendencia individualista y en una desvinculación de la naturaleza.

La antropología cristiana nos lleva a “tratar en todo a los demás como vosotros queréis ser tratados” (*Mt 7, 12*). Y san Pablo, en la *Carta a los Colosenses*, nos dice: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Soportaos unos a otros y perdonaos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Sobre todo, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo. Y sed agradecidos” (*Col 3, 12-15*).

- Revestíos de entrañas de misericordia. Las entrañas, las vísceras, lo profundo de nuestro ser debe estar lleno de misericordia, que va mucho más allá de la justicia.
- Revestíos de entrañas de bondad. Darnos con gratitud, eligiendo siempre el camino del bien, de lo bueno, por amor al otro.
- Revestíos de la humildad. Frente a la soberbia y el dominio de uno con el otro, el servicio desde la humildad. Humilde es aquel que está dispuesto a lavar los pies a los demás, tomando el ejemplo de Jesús en la última cena, el que se abaja para ayudar al otro, el que se hace pequeño para engrandecer al otro.
- Revestíos de entrañas de mansedumbre. Los mansos son las personas apacibles, que no se alteran por las dificultades, que no hacen pagar a los otros los platos rotos que la vida nos ocasiona. Esta cualidad está unida a la bondad y a la servicialidad.

- Revestíos de entrañas de paciencia, que es la capacidad de mantenerse sereno y tolerante ante la espera, las dificultades o la provocación. Las personas pacientes pueden tolerar el disenso, dejar que los demás se expresen a pesar de no estar de acuerdo o incluso esperar al momento adecuado para opinar a su vez. De esta forma, la paciencia puede llevar también a la asertividad. El acompañamiento requiere de la paciencia para no precipitar procesos y respetar el ritmo del otro.
- Revestíos de perdón y amor. Perdonar a quienes nos han hecho daño puede parecer una tarea difícil, pero el perdón es, ante todo, un acto de amor y compasión. Jesús nos enseñó en el Evangelio que debemos perdonar “no hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mt 18, 22). Cuando elegimos perdonar, rompemos las cadenas del odio y el resentimiento. Y el perdón se convierte en un acto que trasciende el dolor y nos acerca más a la verdadera esencia del amor.

Estamos llamados a cultivar la cultura del encuentro, que necesita de gratuidad, de donación más allá de los propios intereses y de un modelo de relaciones en la que todo se intercambia, se presta, se debe o se exige. La cultura del encuentro requiere de diálogo, escucha paciente, convencido de que uno está dispuesto a aprender del otro. La cultura del encuentro reconoce que el diferente, el extraño, el extranjero, el pobre... también tienen derechos por el hecho de ser personas, por su dignidad, por encima de cualquiera circunstancia y de cualquier resultado.

Y cuidemos de modo preferencial nuestro encuentro con el pobre: “El corazón de Dios tiene un sitio preferente para los pobres⁴³, los marginados y excluidos, y por tanto también en el de la Iglesia. En ellos la comunidad cristiana encuentra el rostro y la carne de Cristo, que, de rico que era, se hizo pobre por nosotros... La opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica”⁴⁴.

⁴³ EG, 197.

⁴⁴ DF, 19.

4. Relación con la comunidad

El Dios trinitario nos convoca a vivir y caminar unidos por lazos de reciprocidad y destino común hacia una comunión que es participación en la suya. Dios crea al hombre para “vivir en comunión”. Jesús quiere que sus seguidores seamos signos e instrumentos de la comunión trinitaria: han de ser testigos de su misericordia en el mundo. Por eso, el primer signo que la Iglesia ha de ofrecer es el signo de lo que ella es: una comunidad de amor fraterno que se presenta ante los hombres como una expresión y signo del Reino de Dios.

No hay discipulado sin comunión. Ante la tentación, muy presente en la cultura actual, de ser cristianos sin Iglesia y las nuevas búsquedas espirituales individualistas, tenemos que sostener que la fe en Jesucristo nos llegó a través de la comunidad eclesial y ella nos da una familia, la familia eclesial. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión. La vocación cristiana, eclesial, es siempre “con-vocación”. Dios no ha querido salvarnos solos, ni aisladamente, sino en familia, en comunidad, parecidos a Él. “Ha elegido convocarnos como pueblo y no como seres aislados. Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas”⁴⁵. La misión siempre es y ha de ser generadora de comunión; nace de la comunión, y vive y se discierne en ella y para ella. De ahí que la comunión pertenezca a la esencia misma de la espiritualidad cristiana.

No será posible la renovación de nuestra Iglesia sin convertirnos a la comunión, vivir en la unidad que Jesús pedía al Padre: “Padre, que todos sean uno, como tú y yo somos uno” (*Jn 17, 21*). “Sentimos el desafío de descubrir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea caótica que puede convertirse en una verdadera de experiencia de fraternidad”⁴⁶. Tenemos que vivir la pluralidad en la unidad, saber dialogar, escucharnos, estar junto al otro sin prejuicio alguno. Os hablo de unidad y no de uniformidad, de comunión y no de mera yuxtaposición

⁴⁵ Cf. EG, 113; LG, 9.

⁴⁶ EG, 87.

de personas; hablamos de unidad en la pluralidad, en la diferencia, también buena y presente en Dios, conscientes de que no son las diferencias lo que nos dividen, sino el pecado.

Hemos de vivir en esta mística de amor, comunión gozosa de amor, siendo discípulos unos de otros, colaborando con los demás y saliendo a su encuentro. Tendremos que atrevernos a ver el mundo desde los otros, a no anclarnos en nuestra verdad. Necesitamos viajar a otras atalayas y puntos de vista, y todavía más sin son de “nuestros enemigos”. Todos tenemos necesidad de que se nos tenga en cuenta, de sentirnos valiosos en la comunidad y ser participantes. Hay que dar espacio a todos, rompiendo el círculo de los pocos que hacen mucho y pasar al de los muchos que hacen un poco cada uno, pero de forma orgánica. Hemos de apoyarnos mutuamente, preocuparnos de los demás, salir de nuestros recintos cómodos para caminar con los otros, especialmente con los que sufren, con los pobres y excluidos.

Vivir con otros con/por amor debe ser fuente de alegría. Una relación entristecida, amarga, de caras largas, no es una relación basada en el amor, que genera paz y alegría. He de sentirme alegre al saberme querido por Dios y por los otros, alegría por haber sido salvado por Jesús, por haber sido llamado por Él. La alegría sabe relativizar y no dar importancia a aquello que no es importante; sabe gozar y disfrutar de lo pequeño, valora los pequeños gestos, disfruta con los detalles, y sabe vivir con buen humor, sonriendo, haciendo que el otro también ría y disfrute.

La comunión no es para sentirnos muy a gusto entre nosotros, para refugiarnos en los ambientes cálidos de nuestras comunidades, no es una comunión replegada sobre sí misma, sino una comunión “en salida”, germen y principio de fraternidad, capaz de acoger e integrar a los excluidos y descartados al borde del camino. Impregnados de la misericordia del Padre hemos de ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios. A todos, creyentes y lejanos, ha de llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que ya está presente en medio de

nosotros⁴⁷. Recordemos que “la sinodalidad no es un fin en sí misma, sino que apunta a la misión que Cristo ha confiado a la Iglesia”⁴⁸.

Por tanto, el gran desafío que tenemos ahora los cristianos en nuestra Archidiócesis, como decía el santo Juan Pablo II, es “hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”⁴⁹. “Espiritualidad de la comunión es la capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo; es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Gal 6, 2*) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento”⁵⁰. En medio de una sociedad tan individualista como la nuestra, donde tanta gente se ve abocada a la soledad, uno de los grandes tesoros y signos que podemos ofrecer es la experiencia del grupo, de la comunidad, de la acogida gratuita, del abrazo compartido.

Y en nuestras pequeñas comunidades hemos de vivir en unidad, poniendo los carismas y ministerios al servicio de los demás, manteniendo un diálogo fraterno, ejerciendo la autoridad desde la escucha, el diálogo y el servicio. Todos somos corresponsables de la marcha de la comunidad, todos somos sujetos de la evangelización.

Como expresaba anteriormente, el amor y la comunión no pueden quedar reducidos al ámbito de los que somos cristianos, de los que formamos la pequeña comunidad cristiana. El papa Francisco nos habla de la Iglesia en salida.: “nuestra relación, si es sana y verdadera, nos abre a los otros que nos

⁴⁷ Cf. MV, 5.

⁴⁸ DF, 32.

⁴⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte* (6 de enero de 2001), 41 [en adelante NMI].

⁵⁰ *Ibid.*, 43.

amplían y enriquecen. El más noble sentido social hoy fácilmente queda anulado detrás de intimismos egoístas con apariencia de relaciones intensas [...] Los grupos cerrados y las parejas autorreferenciales, que se constituyen en un «nosotros» contra el mundo, suelen ser formas idealizadas de egoísmo y de mera autopreservación”⁵¹.

“El amor nos pone en tensión hacia la comunión universal”⁵². Hemos de superar los miedos y recelos ante los otros hermanos, miedos que están suponiendo, en algunos casos, el rechazo hacia los más vulnerables, así como las actitudes defensivas ante el otro, algo de lo que no están exentas nuestras comunidades cristianas. Hemos de vivir con compasión y desmontar los prejuicios existentes. Por eso, apelo a la fraternidad universal y a la hospitalidad. Abrir nuestras comunidades a los migrantes y hacer que formen parte de nuestro mundo. La acogida tiene ida y vuelta: yo te acojo y tú me devuelves una riqueza que no tenía, tu persona, tu vida, tu amistad, tus puntos de vista... Acoger ha de conjugarse con otros verbos: proteger, promover e integrar, como tanto insistía Francisco.

Es necesario aplicar la lógica del cuidado a todas las áreas de la vida pública: curar la fragilidad de todo hombre⁵³. Una sociedad es más humana cuanto más sabe cuidar a sus miembros más frágiles y que más sufren. Este es el gran sueño de Dios: el mundo tiene que ser el hogar común de toda la familia humana, el lugar de la armonía y la felicidad, donde las personas puedan vivir las relaciones de amistad, abiertas a la plenitud de la vida en Dios. El mundo es esa casa inmensa en la que todos los hijos e hijas de Dios Padre viven felices y se quieren, en equilibrio y armonía entre sí y con la naturaleza. Es el proyecto del Reino de Dios, el proyecto de Dios para la historia.

⁵¹ FT, 89.

⁵² *Ibid.*, 95.

⁵³ Cf. FT, 79.

5. Relación con la casa común

Y junto al autocuidado y el cuidado a los demás está el cuidado a todo lo creado, el cuidado a la Madre Tierra. Hemos de hablar de un “cuidado integral”. Hablar de un cuidado integral hace referencia a un cuidado competente y compasivo. Esto implica un cuidado en todas las facetas de la vida, en las circunstancias de la sociedad y en la persona en todas sus dimensiones. Aquí nos ayudaría la expresión de papa Francisco en *Laudato si'* cuando afirma que “todo está conectado”. El compromiso de cuidar y sanar al ser humano y a todo lo creado conlleva la relación inseparable entre ecología y antropología: “no hay ecología sin antropología”⁵⁴. El compromiso de sanar la relación con la naturaleza implica sanar las relaciones entre los seres humanos⁵⁵, que empieza por recuperar su dimensión social (en la mejor tradición aristotélica, comunitaria del cristianismo y del marxismo), reconocer al otro, valorarlo, abrirse al tú, también al “Tú” divino⁵⁶.

En *Fratelli Tutti*, el papa Francisco reafirma esto mismo cuando dice: “cuidar el mundo que nos rodea y contiene es cuidarnos a nosotros mismos. Pero necesitamos constituirnos en un «nosotros» que habita la casa común”⁵⁷. Si cuidamos la Tierra cuidamos todo el sistema ecológico y esto repercute en la calidad de vida de cada persona.

⁵⁴ LS, 118.

⁵⁵ Cf. LS, 119.

⁵⁶ FT, 119.

⁵⁷ FT, 17.

CONCLUSIÓN

Si vivimos unas relaciones fundamentadas en el amor trinitario, si la fraternidad es la norma de nuestro vivir (la cultura del cuidado), si nuestras comunidades son hospitalarias y viven en salida misionera (cultura del encuentro), para llevar a cabo la Buena Noticia de Jesucristo, “juntos, entonces, reconstruiremos la credibilidad de una Iglesia herida, enviada a una humanidad herida, dentro de una creación herida. Todavía no somos perfectos, pero es necesario ser creíbles”⁵⁸. Caminemos en estilo sinodal, entrelazando vocaciones, carismas y ministerios.

Todo ello seguramente comporta una conversión personal y pastoral, y sabemos por propia experiencia que no hay camino de conversión que sea fácil. La conversión pastoral comporta cambiar de paradigma: pasar de las actividades o servicios a los que están dentro (siempre necesarios), y que suponen que todos tenemos fe, a los procesos. Sin olvidar a los que están dentro, hay que llegar a los que están fuera (cf. *Lc 15, 4-7*). Estamos llamados a generar cristianos nuevos. La conversión pastoral no es un simple barniz sobre algunos aspectos de la vida pastoral de nuestra Archidiócesis, sino que implica que nos pongamos “manos a la obra”, como invitaba en su tiempo el profeta *Ageo* (*Ag 2, 4*), bien conscientes de que es el Espíritu Santo el verdadero protagonista de la evangelización, el que hace posible la transmisión de la Palabra y la apertura de los corazones a la misma. Por eso, prestemos atención a lo que nos decía el papa Francisco: “hemos visto planes pastorales bien hechos, perfectos, pero que no eran instrumentos de evangelización, porque simplemente estaban enfocados en sí mismos, incapaces de cambiar los corazones”⁵⁹. No será un camino fácil, pero es necesario si queremos seguir siendo significativos, evangélicamente hablando, en la Iglesia y en el mundo de hoy.

Transmitamos unos a otros la pasión por la evangelización a quienes hace tiempo la perdieron,

⁵⁸ LEÓN XIV, *Homilía en la fiesta de la Visitación de la Virgen María* (31 de mayo de 2015).

⁵⁹ FRANCISCO, *Homilía en santa Marta* (11 de junio de 2018).

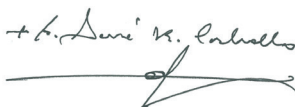
sabiendo que el desafío de la Iglesia en este momento no es el “hambre de pan”, sino el “hambre de Dios”⁶⁰, siendo conscientes de que el verdadero problema no es el debate entre “progresistas” y conservadores”. El verdadero problema y la principal diferencia está entre “enamorados” y “acostumbrados”. Sabiendo también que solo los que ama pueden caminar y teniendo presente que somos Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz, preguntémonos cómo lograr ser “resto” y no “residuo”.

Siento que hoy el Señor nos dice, como dijo en su día a Zorobabel y Josué: Iglesia de Mérida-Badajoz: ¡Ánimo! Yo estoy contigo (cf. *Ag* 2,4 ss.). Abrámonos a lo que el Señor dice a esta Iglesia.

A María, “virgen hecha Iglesia”⁶¹, encomendamos nuestro camino sinodal. Que ella lo acompañe y lo bendiga.

Vuestro hermano y pastor que os bendice y abraza.

En Badajoz, 4 de octubre de 2025, fiesta de san Francisco de Asís



✠ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo de Mérida-Badajoz

⁶⁰ FRANCISCO, *Homilía en Skopje* (Macedonia del Norte) (7 de mayo de 2019).

⁶¹ SAN FRANCISCO DE ASÍS, *Saludo a la Virgen María*, 1.

ABREVIATURAS

Sagrada Escritura

<i>1 Cor</i>	Primera carta a los Corintios
<i>2 Cor</i>	Segunda carta a los Corintios
<i>1 Jn</i>	Primera carta de Juan
<i>1 Pe</i>	Primera carta de Pedro
<i>1 Re</i>	Primer libro de los Reyes
<i>Col</i>	Carta a los Colosenses
<i>Ef</i>	Carta a los Efesios
<i>Flp</i>	Carta a los Filipenses
<i>Gal</i>	Carta a los Gálatas
<i>Gn</i>	Génesis
<i>Jn</i>	Evangelio de san Juan
<i>Lc</i>	Evangelio de san Lucas
<i>Lv</i>	Levítico
<i>Mc</i>	Evangelio de san Marcos
<i>Mt</i>	Evangelio de san Mateo
<i>Rm</i>	Carta a los Romanos
<i>Sal</i>	Salmo

Documentos eclesiales

DF	Documento final de la XVI Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos. Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión (2021-2024).
FT	Carta encíclica <i>Fratelli tutti</i> sobre la fraternidad y la amistad social (3 de octubre de 2020).
GE	Exhortación apostólica <i>Gaudete et exultate</i> sobre el llamado a la santidad en el mundo actual (19 de marzo de 2018).
EG	Exhortación apostólica <i>Evangelii Gaudium</i> sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual (24 de noviembre de 2013).
LG	Constitución dogmática <i>Lumen Gentium</i> sobre la Iglesia (21 de noviembre de 1964).

- LS Carta encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común (24 de mayo de 2015).
- MV *Misericordiae Vultus*. Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia (11 de abril de 2015).
- NMI Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* (6 de enero de 2001).
- PFIS Pistas para la fase de implementación del Sínodo (2025-2028)

Otras

Ibid. Ibidem

